

CUASIHISTORIETA

A BASE DE INVESTIGACION

Y

CIENCIA

Por J. A. M. PEREDA

El problema de la Investigación y la Ciencia es tan general que hasta al imaginario país de Inutilandia llegó. Una gota de inquietud agónica llenó las mentes más huesudas.

—Todos investigan; nuestros vecinos de al lado investigan; los de lejos también. ¿Qué hacer?

Se reunió el Consejo de ancianos en el albor de su inconstancia otoñal. Del fondo de sus cebollonas calvas, relucientes al sol como búdicos vientres, empezó a salir el humo de sus ideas en ebullición.

Derechas, izquierdas y centros, porque centros hay muchos, se afincaron en sus posturas. Sus homoplatos, bis a bis con sillones antañones, ejercieron la presión correcta del que piensa. Y empezaron a dialogar.

—En mi cátedra se favorece la Ciencia. Mi férrea mano la vigila con mimo. Mis discípulos ejecutan proyectos de quinientas páginas al final de sus estudios.

—¿Originales?— se sobresaltó un procer, ojos de plato y labios cubistas.

—Hombre..., son jóvenes..., hay que educarles...

—¿Y no sería mejor uno de diez páginas sólo pero original?

—Je, je..., esto..., je, je...—sonrisa de nada infinita sobre vacío cerebral. Y otro que sigue:

—En mi Centro de Investigación se publican las conferencias que damos.

—¿Originales?

—Hombre..., de las revistas de donde se plagian, al sacar la fotocopia para publicarla, se corta el nombre y se pone el del Centro.

El presidente de los ancianos rezu-mó gustirrinín.

—Buena idea — rugió —. ¡Secretario!, tome nota: Quitar los nombres a todas las revistas extranjeras, ponerle uno nacional y repartirlas en los colegios. Nacionalizar los nombres de los autores y hacerlos hijos adoptivos de nuestras provincias.

Del fondo de las izquierdas alguien ronroneó:

—Hay que divulgar también el nombre de los grandes hombres que nos han precedido.

—Sí. Hay que demostrar al mundo que siempre se ha hecho algo. ¡Secretario!, traiga los infolios.

El secretario, cabeza gacha y mirar de cordero, trotó a los sótanos.

—Aquí los tiene, señor presidente. Una nube de polvo estornudó sobre los huesudos.

—Hum, hum...—restregó sus narices sobre los legados el presidente—. Este nos vale: es una prueba de que en el extranjero siempre se ha querido hundir la obra que empezamos a hacer: los herejes le quemaron por haber descubierto la circulación de las ideas en el cerebro.

Muy bajito, se susurró:

—Si no le hubiesen quemado los herejes, lo habríamos quemado nosotros.

—Que se haga una serie de sellos con su efigie y se le ponga una orla

que diga: «Llor al hijo preclaro de la Patria.»

Tosió, porque eso de toser un poco siempre hace bien.

—Bueno, ahora podemos hacer una Ley.

—Eso, eso; hay que hacer una Ley —se propagó en onda estacionaria por las calvas.

—¡Secretario!, anote: «Pragmática por la que se obliga a que en cada familia nazca un sabio por generación, y que el proceso sea acumulativo y de reenganche.»

Una progresión aritmética de murmullos se repartió con muy bienes de todas las frecuencias. El presidente se engalló.

—¡Secretario!, apunte: «Ley por la que se obliga a todo ciudadano a que investigue bajo pena de reclusión.»

—¿Que investigue el qué, señor presidente?

—Que investigue a secas, idiota. Hay que investigar.

Un coro de ancianos, ópera de Verdi en marcha, asintió:

—¡Hay que investigar! ¡Hay que investigar!

Acallado el coro, surgió la sugerencia.

—¿Y hacer un gabinete de cantantes de protesta que protesten contra la incultura?

—Eso es. Muy bien. ¡Secretario!, apunte: «Decreto por el que se crea un departamento de Cantantes de Protesta que protesten contra la incultura y la atrofia cerebral.»

El coro metió baza otra vez.

—¡Hay que investigar! ¡Hay que investigar!

El serio que hay en toda reunión meditó en voz alta.

—Hay que aumentar el número de becas que hay.

—¿No sería mejor que se aumentara la cuantía de las que se dan ahora?

—No diga tonterías. El estómago lleno da sueño. El hambre agudiza las ideas. Además el proceso vital va a ser el mismo: nacer, desarrollarse, morir..., ¿para qué más dinero?

—Y también habrá que cambiar el plan de estudios.

—Naturalmente. Eso lo arregla todo.

—Si está muy bien, pero a mí que no se me toque mi cátedra.

—¡Hombre!, no te preocupes. Se le cambia de nombre y vale. Lo importante es que se investigue en cada cátedra.

—Sí, sí, sí—se oyeron asentimientos de pacotilla. El coro resolvió la duda.

—¡Hay que investigar! ¡Hay que investigar!

El presidente, hecho pleno corolario, aseveró:

—Pero cosas de Ciencia.

—Eso, eso, de Ciencia.

—Leyes, Pragmáticas, Decretos...

Ya hemos hecho lo que debíamos. El pueblo no puede quejarse. ¡Secretario!, diga que nos traigan otros cafés.

Y es que en Inutilandia pasa cada cosa...